

Cómo citar este trabajo: Martínez-Gil, Juan (2025). El “sarampión travesti” de la Transición española. Género, patologización y representaciones trans. *Revista del Laboratorio Iberoamericano para el Estudio Sociohistórico de las Sexualidades*, 14. 1–20. <https://doi.org/10.46661/relies.11863>

El “sarampión travesti” de la Transición española. Género, patologización y representaciones trans

The “sarampión travesti” of the Spanish Transition. Gender,
Patologithation and Trans Representations

Juan Martínez-Gil¹

Fitzwilliam College, University of Cambridge / Universitat Jaume I

jm2694@cam.ac.uk

<https://orcid.org/0000-0002-7712-7910>

¹ La presente aportación se ha realizado gracias al contrato predoctoral FPU19/00371 del Ministerio de Universidades del Gobierno de España y al contrato posdoctoral Batista i Roca Fellowship de Fitzwilliam College de la University of Cambridge.

Resumen

El presente artículo examina la representación trans en la Transición española, un periodo en el que convergieron el afloramiento de visibilidad de estas identidades en el contexto del destape y la llegada al país de la categoría médica de transexualidad, que ya tenía un largo recorrido en otros contextos nacionales. Tras introducir la cuestión y comentar brevemente las relaciones que la crítica ha establecido entre lo trans y el proceso político transicional, el artículo remarca la importancia que tuvo este periodo de visibilidad sin precedentes para la configuración de una identidad trans en España. Asimismo, se propone la denominación de este fenómeno como “sarampión travesti” en un acto de reapropiación de las teorías de contagio social que circulaban en la época. Por último, el artículo se centra en el análisis de una sección de entrevistas del seminario Party denominada “El travesti de la semana”, donde múltiples mujeres trans contaron sus experiencias y expectativas vitales y explicaron cómo entendían su identidad.

Palabras clave: Transición española, Destape, Estudios trans, mass media, transexualidad

Abstract

This article examines the representation of trans identities during the Spanish Transition, a period in which the increasing visibility of these identities coincided with the arrival of the medical category of transsexuality, which already had a long history in other national contexts. After introducing the issue and briefly discussing the relationships that critics have established between trans identities and the political transitional process, the article highlights the importance of this period of unprecedented visibility for the shaping of a trans identity in Spain. Additionally, we propose the term “sarampión travesti” (transvestite measles) to describe this phenomenon, as an act of reappropriation of the social contagion theories circulating at the time. Finally, we exemplify its magnitude through the analysis of a section of interviews from the seminar Party, titled “Transvestite of the Week,” where multiple trans women shared their experiences and life expectations and explained how they understood their identities.

Key words: Spanish Transition, Destape, Trans Studies, Mass Media, Transsexuality

1 Harry Benjamin en España. Una introducción

Cuando Christine Jorgensen aterrizó en Nueva York en febrero de 1953, la prensa hacía meses que había informado a la población norteamericana de su historia. La expectación que por su caso se había despertado pronto traspasaría fronteras y diarios de todo el mundo publicarían su historia. Jorgensen se publicitaba como la primera persona que “cambiaba de sexo” gracias a la medicina. Con anterioridad a su salto a la celebridad y de su transformación, había luchado en la Segunda Guerra Mundial, lo que llevó a *The New York Times* a presentar su historia como “ExGi Becomes a Blonde Beauty” (Meyerowitz, 2002: 62).

El tratamiento al que se había sometido Jorgensen no era sino el resultado de décadas de avances clínicos en materia de endocrinología, psiquiatría y cirugías ginecológicas y urológicas, que habían vislumbrado en las primeras décadas del siglo XX la posibilidad del “cambio de sexo” en la especie humana. En esta materia, el doctor Magnus Hirschfeld, reconocido médico judeo-alemán afincado en el Berlín de la República de Weimar, había establecido contacto con personas que hoy en día se podría clasificar dentro del espectro LGTBI en los años 10, 20 y 30, contribuyendo a la creación de una escena *protoqueer* en esta ciudad, especialmente alrededor de su Instituto para el estudio de la sexualidad. Son reseñables su tratamiento e intervenciones a dos mujeres trans —o prototrans—, Dora Richter y Lili Elbe, pero fue la segunda quien obtuvo una mayor difusión tras la publicación de sus diarios por E.P. Dutton en Londres con el título de *Man into Woman: An Authentic Record of Change of Sex* (1933).

La ciencia estaba, por primera vez desde el inicio de la sexología en el siglo XIX, distinguiendo entre “invertidos” aquello relativo a la identidad de género y la sexualidad, leyendo lo que se podrían calificar como “prácticas trans” de una forma individualizada². Resultó precisamente un discípulo de Hirschfeld afincado en los Estados Unidos, el endocrinólogo Harry Benjamin, quien retomando la nomenclatura de su colega David O. Cauldwell, patentó la denominación de “transexualidad” en su sentido contemporáneo. Benjamin, quien había seguido de cerca los avances científicos relacionados con la diferencia sexual, se interesó por el caso de Jorgensen y se convirtió en su doctor a su regreso en América. Tras más de una década tratando pacientes y promoviendo la apertura de clínicas especializadas y el estudio de la transexualidad como innovación médica en los Estados Unidos, Benjamin publicó el manual de referencia en la disciplina, *The Transsexual Phenomenon* (1966). A la altura de esta fecha, decenas de casos mediáticos de mujeres trans que habían recibido tratamiento como “transexuales” habían saltado ya a la palestra del discurso público (April Ashley o Coccinelle, por ejemplo); había toda una vertiente editorial que explotaba sus historias mediante el género de la autobiografía comercial (Ames, 2005); y hasta un ginecólogo francés afincado en Casablanca, Georges Burou, había convertido su clínica en la Meca de las vaginoplastias debido a los buenos resultados de su técnica y al bajo coste de sus operaciones.

La transexualidad había comenzado su andadura, y en su mismo génesis se encuentra el criticado modelo del *gatekeeping* (o de “control de acceso”), según el cual tan solo la autoridad médica podía

² No existe, sin embargo, un consenso académico sobre si los tratamientos de Hirschfeld podían categorizarse en estos términos. Francisco Vázquez (2018) en este punto rebate a autoras como Meyerowitz (2002) cuando aseguran que la identidad de género nació en los desarrollos médicos de principios de siglo. Para Vázquez su aparición se relaciona con la creación del sexo psicosexual en los años 40.

dictaminar quién era transexual y quién no (Stone, 2015 [1987]). Personas interesadas e interpeladas por la idea de “cambio de sexo” se acercaron a la medicina para dar respuesta a sus problemas y buscar ser diagnosticadas como transexuales. Habitualmente se tiende a concebir este proceso de creación del diagnóstico como unidireccional, un ejercicio científico de taxonomización y patologización de las prácticas trans. En realidad, aunque esto sea en parte constatable, lo cierto es que los trabajos de diferentes historiadoras han demostrado que el proceso de creación de la categoría involucró a las mismas personas trans, quienes tuvieron agencia en su configuración (Meyerowitz, 2002; Stryker, 2017 [2008]). El equipo de doctores liderado por Benjamin se sirvió de informantes y benefactores trans como Louise Lawrence y Reed Erickson, que consideraron el nuevo diagnóstico como una esperanza para vivir sus vidas en libertad y, por tanto, ayudaron a darle forma; mucho antes, huelga decir, de que las mismas personas trans, en los movimientos sociales de finales de los años 80 y los 90, se revelaran en contra de la patologización que implicaba el diagnóstico de transexualidad y se reorganizaran identitariamente en torno a la etiqueta epistemológica “transgénero”.

Sin embargo, el emerger de lo transgénero pertenece a otras latitudes temporales. Es, en definitiva, otra historia. La pregunta con la que se inicia esta investigación se ubica en unas coordenadas completamente distintas, previas a cualquier cuestionamiento de la transexualidad como dispositivo político. Pues, si existen ya trabajos sobre la recepción de la categoría en contextos nacionales como el norteamericano (Meyerowitz, 2002) o el inglés (Burns, 2018), hay preguntas que aún no ha sido contestada en el contexto español: ¿Cuándo y de qué manera fue recibida la categoría de transexualidad en España? ¿Cómo lidió el franquismo y la posterior Transición con esta episteme que precisamente cuestionaba su férrea división social basada en el género? En realidad, pocas investigaciones han ahondado en ello. La creencia general resulta en que el ostracismo de la dictadura con respecto a cualquier atisbo de disidencia sexual y de género había escondido estos casos (Olmeda, 2023 [2004]). Existen, sin embargo, algunas evidencias que invitan a repensar esta aseveración. En primer lugar, la presencia de expedientes judiciales que desde el tardofranquismo —especialmente tras 1968— o bien han arrojado testimonios en los que las mismas personas trans se escudan en la categoría de transexualidad para defender con su condición de “enfermas” la libertad de sus acciones (Huard, 2021: 51), o bien muestran un conocimiento de la categoría de transexualidad por parte de las autoridades (Bedoya, 2012: 170). Junto a ello, se pueden rastrear una serie de fuentes científicas que ofrecen cierta constancia de la presencia de la categoría o ideologema —en términos de Kristeva (1978 [1969])— de transexualidad en publicaciones científicas de principios de los años 70. Así lo indican Navarro-Pérez, Ortiz-Gómez y Gil-García (2015), que datan dos estudios en el año 1973 y tres en 1974.

Aunque la falta de representación no fuera tan abrumadora como la historiografía ha parecido proponer, lo cierto es que no se trató de una presencia masiva. O no lo fue, al menos, hasta la muerte de Francisco Franco y el advenimiento de la democracia. Es entonces cuando tiene lugar una auténtica eclosión de representaciones trans —también en la órbita del transformismo— que permiten aseverar que es en este momento en el que la categoría de transexualidad entra plenamente en funcionamiento, sin duda desde parámetros y condiciones de recepción muy específicos. La hipótesis principal que paso a desarrollar en las próximas páginas es que la categoría de transexualidad fue presentada a la población en España en un contexto muy concreto, el de la cultura erótica del destape de la Transición, propiciando una recepción distorsionada en comparación a la de otros contextos nacionales, y vinculada en menor grado a los discursos médicos. Es lo que he llamado “el sarampión travesti”, denominación que justifico más abajo y con la que pretendo reorganizar la explosión de visibilidad que entre 1976 y 1983 tuvo la cuestión trans en este contexto nacional. La persona que escribe estas páginas no se identifica como trans y, por tanto, acepto las limitaciones epistémicas que este estudio pueda presentar. Asumo el disenso desde mi

posición blanca y cisgénero y abrazo, huelga decir, cualquier debate en el seno de la recuperación y celebración de las vidas trans en este periodo.

2 Notas historiográficas para una Transición trans

La muerte de Francisco Franco en 1975 precipitó una serie de mecanismos políticos y legales y una gran efervescencia social con la que se iniciaría el proceso de conversión democrática en España: lo que se denomina habitualmente como la “Transición”. A este respecto, resulta necesario realizar un primer apunte, de tipo liminar, pues el concepto de Transición ha tenido en nuestro contexto una delimitación temporal muy laxa y variada. Generalmente, se acepta como inicio del proceso la misma fecha del fallecimiento del dictador y como fin la victoria aplastante de un candidato socialista, Felipe González, en las elecciones generales del 28 de octubre de 1982, trazando un periodo de casi 7 años. Así lo respalda una rápida consulta en motores de búsqueda o algunas contribuciones académicas (Baby, 2021)³.

De entre las posibilidades de temporalización, destaco aquella vinculada a la disidencia sexual con el marco 1975-1983 que establece Alberto Mira (2004: 415). Para este autor, tras la máxima visibilidad de la cultura homosexual española durante este periodo, “se llega al sentimiento de haber alcanzado reivindicaciones que hará que se acometan pocas cosas en los años siguientes” (565). Una lectura de la Transición en términos trans coincidiría plenamente con las reflexiones de Mira. Tras la legalización de las operaciones de reasignación en 1983⁴, esta pasa a ser legal de *facto*, aunque no de *iure*. Tras 1983, con la episteme de la transexualidad más asentada en España —que no plenamente aceptada—, se abre un nuevo periodo más pobre en el terreno de la representación y con un incipiente activismo emancipado de los grupos gais y lésbicos. A partir de los documentos hemerográficos consultados, avanzo la fecha de inicio que establece Mira a 1976, puesto que los objetos culturales que explícitamente tratarán la cuestión comenzarán a hacer su aparición en este año —por ejemplo, los diferentes reportajes aparecidos en la revista *Lib* o el volumen *Celtiberia gay*. El marco cronológico que propongo, una suerte de “Transición trans”, abarcaría el periodo de 1976-1983.

En cualquier caso, con independencia a la datación que se escoja, la relevancia histórica del periodo ha provocado una gran disparidad de lecturas. Así, por un lado, existen trabajos historiográficos que tratan la Transición en clave monumental, entendiéndola como un episodio de incuestionable progreso, gracias al cual la sociedad española consiguió por fin la pluralidad y el consenso político de una democracia plena (Pinilla García, 2008; De Diego, 2017). En contraste con estas interpretaciones, diversas investigaciones han problematizado el proceso, acusando a la Transición de blanquear la dictadura franquista y permitir que sus perpetradores mantuvieran sus puestos de poder. La efervescencia cultural de estos años de libertad y su prolongación en los 80 con la

³ Si bien se podría afirmar que 1975-1982 suele representar un marco relativamente canonizado, este se ha visto cuestionado. Así, algunas aproximaciones adelantan su fin al fallido golpe de Estado liderado por el general Antonio Tejero el 23 de febrero de 1981 (Alonso, 2003); otras sitúan el inicio con anterioridad, coincidiendo con el atentado al presidente Carrero Blanco en diciembre de 1973 (Vilarós, 1998; Mainer y Juliá, 2000) o incluso con las protestas internacionales de mayo del 68 (Labrador, 2017). En ocasiones, se sitúa el fin en 1986, con el ingreso de España en la Comunidad Económica Internacional (Mainer y Juliá, 2000; Labrador, 2017); pero en el caso de Teresa M. Vilarós se alarga hasta la firma del tratado de Maastricht en 1993.

⁴ Año en que se eliminaron del delito de lesiones con la Ley Orgánica 8/1983, de 25 de junio, de Reforma Urgente y Parcial del Código Penal.

denominada “Movida madrileña”, habría contribuido a ocultar la doble cara del proceso (Villarós, 1998; Moreiras-Menor, 2002; Labrador, 2017)⁵.

Mientras estas “crónicas del desencanto” han otorgado grandes análisis que demuestran cómo la cultura hegemónica enterró del relato político de la Transición todo lo relacionado con lo contracultural y la izquierda radical, lo cierto es que se ha hecho poco énfasis en las diferentes resistencias relacionadas con la diversidad sexual. Así, Suárez y Berzosa (2019: 15-21) alertan de la notoria falta de investigaciones relacionadas con el universo trans y lésbico en el periodo.

2.1 El destape y la transexualidad

Si bien es cierto que lo gay y lésbico ha sido tradicionalmente tratado desde la contracultura en el contexto de la Transición, así como algunas performances de género vinculadas a lo trans en el caso de artistas como Ocaña; la presencia de la transexualidad en las pantallas, revistas y páginas literarias apenas ha significado un aporte relevante en las investigaciones sobre la Transición, salvo escasas excepciones (Mérida Jiménez, 2016; Vegas, 2019). Esta preterición crítica sería resultado, a mi parecer, de un doble factor: por un lado, del hecho de concebir la representación de personas trans y cercanas a la idea de transexualidad como hegemónica debido a la potente irrupción de mujeres transexuales en un destape poco o nada contracultural; por otro, de la consideración misma de las personas trans como entes reaccionarios que refuerzan los roles de género tradicionales y basan su identidad en un itinerario médico que no es concebido en ningún caso como liberador o rompedor —tal y como lo señalaba el activista gay Armand de Fluvià en los 70, según Mira (2004: 236).

De esta manera, en cuanto al primer factor, si nos centramos en las principales definiciones y críticas del destape, puede resultarnos lógico que se excluya a esta suerte de cultura de toda idea relacionada con la izquierda o lo contracultural. El destape fue un fenómeno que se aprovechó de las circunstancias y de la avidez de un público hasta entonces infantilizado. A partir de 1976 se produjo un giro en las representaciones mediáticas que propició la aparición de una serie de productos culturales que hablaban sin tapujos de todo tipo de cuestiones sexuales y mostraban cuerpos femeninos desnudos, desde revistas eróticas hasta las películas de serie S, pero también en otros ámbitos. En palabras de Mira:

El sexo estaba de moda. Se debatía en las más importantes revistas de actualidad del tardofranquismo y a él se dedicaban exclusivamente nuevas publicaciones, desde la pornografía a los manuales de autoayuda, pasando por fascículos sobre sexo en el cine, elucubraciones psiquiátricas más abiertas que las del doctor López Ibor y cómics eróticos. Aparecía, a veces de manera forzada, en películas, en debates radiofónicos. (419)

Investigaciones como la de Labrador (2020) se esfuerzan en desvincular el rompedor fenómeno — en algunos términos— con cualquier atisbo de contracultura o revolución. Así, para este autor, el destape se trataría de:

un proceso de construcción mediática y estatal de una cultura erótica de masas que, de pronto, se hacía visible en el espacio público [...] una cesión de soberanía erótica, en tanto que —tras la cancelación de las utopías amorosas de la contracultura— el advenimiento de una espectacularidad pornográfica se acepta como un elemento más en el necesario camino hacia la supuesta normalización nacional.

Si por un lado existían unas “utopías amorosas de la contracultura”, entre las que destacarían las reivindicaciones gais y lésbicas; el universo trans, al menos en el discurso social, parecía estar vinculado a la “espectacularidad pornográfica” de la “normalización nacional” que resalta Labrador. Hasta cierto punto, respaldaría esta afirmación. En términos de dinámicas de consumo, el destape

⁵ Pasamar (2019) apunta que, en realidad, ambas interpretaciones estuvieron vigentes desde el inicio de la Transición.

fue principalmente la consagración de una mirada masculina y heterocéntrica en búsqueda de pornografía de cuerpos femeninos. Sin embargo, el público encontraba en sus contenidos y productos cuerpos trans —intervenidos o no médicamente— que, de alguna manera, y aunque tan solo fuera desde una fascinación morbosa, ponían en jaque las bases sobre lo que significaba ser hombre y mujer. No formaría parte de esta crítica el hecho de que las mujeres trans que protagonizaban productos del destape a finales de los años 70 estaban tratando de existir en un contexto completamente hostil para su identidad de género, eran constantemente sometidas a grandes dosis de machismo y transfobia, frecuentemente expuestas como monstruos *freak*, obligadas a mostrar sus atributos para ganarse la vida y otras cuestiones poco relacionadas con una concepción de ellas como agentes de una “normalización nacional”.

En realidad, como expondré más abajo, tampoco se puede afirmar que el destape fuera plenamente heterosexual. También tuvo una vertiente gay, representada prototípicamente por la revista *Party*, en la que, al menos mientras duraron los años fuertes del fenómeno, las personas trans fueron incluidas y se hablaba explícitamente de transexualidad, de identidad de género y de los procesos médicos relacionados. En este sentido, resulta necesaria una revisión del destape que, incorporando las críticas básicas, rescate la memoria de “los otros destapes”, del mismo modo que se habla de “las otras transiciones”. Una revisión histórico-crítica que condene unilateralmente el destape a la abyección reaccionaria, no estaría sino apoyando las reflexiones de Berlant y Warner (2002 [1998]) cuando afirman que la heteronormatividad necesita mantener el sexo en el ámbito de la intimidad para mantener su hegemonía, o las palabras de Rubin en las que apunta que el “discurso sobre la sexualidad tiene más de demonología que de sexología. Presenta de la peor forma posible la mayor parte de las conductas eróticas, y en sus descripciones de comportamientos eróticos utiliza siempre como representativo el peor ejemplo posible” (1989 [1984]: 172)⁶.

Si bien el primer factor que comentábamos hacía referencia a la condena totalitaria del destape para deslegitimar la transexualidad como contracultura, el segundo vendría dado por el cuestionamiento de su naturaleza misma tanto dentro de la izquierda y del feminismo como del movimiento gay y lésbico de aquellos años. La idea de que las personas que se autoafirmaban como transexuales o que expresaban sus deseos de “cambiar de sexo” en realidad eran homosexuales extremos y frustrados estaba muy extendida. En este sentido, la excesiva preocupación que múltiples mujeres trans mostraban por encajar en un modelo de mujer normativo a nivel estético y discursivo, así como su presencia en ambientes considerados degradados o antisociales —por ejemplo, en el mundo de la prostitución—, provocaban el rechazo de los movimientos de carácter revolucionario. No parecían, a primera vista, personas que buscaran dismantlar el sistema, sino que imploraban por ser aceptadas en él, una de las características que señala Goffman (1970 [1963]) como formantes de la comunidad estigmatizada. Si a todo ello se le suma su agrupación bajo la categoría “travesti” junto a compañeros cuya realidad distaba mucho de la suya y cuyas prácticas trans estaban vinculadas al transformismo escénico, el resultado es que en ocasiones todo lo relacionado con lo trans era tratado en términos de máscara u ocultación. Personas que fingían ser otras, de otro género, y que en definitiva engañaban al espectador o cliente —masculino— con respecto a su “verdadera” naturaleza.

2.2 Metáforas de lo trans

Esta idea de engaño o falsedad conduce a una de las grandes cuestiones desde la que se ha tratado lo trans en relación la Transición: el uso de la travesti como metáfora de los tiempos de cambio,

⁶ En el ámbito español, destaca el trabajo reciente, aunque fuera de la academia, de la escritora Valeria Vegas (2019, 2020), que ha recuperado diferentes figuras de este fenómeno en clave dignificadora, desde Nadiuska hasta las estrellas transexuales de las salas de fiestas.

tanto en su vertiente de mujer trans como de transformista. Para algunos era un símbolo inequívoco de la libertad —esta es la lectura que subyace en una novela como *Una mala noche la tiene cualquiera* (1982) de Eduardo Mendicutti—; desde otras aceras discursivas, en cambio, era símbolo pleno del desencanto, de la traición que había supuesto el proceso transicional para la sociedad —interpretación muy adscribible al argumento de la novela erótica *Los amores prohibidos* (1980) de Leopoldo Azancot.

Así, como ocurría con la aproximación monumentalista y desencantada de la Transición, también esta metáfora del travesti tiene una doble plasmación. Por un lado, en la “historia inmediata”, en el caso de las novelas mencionadas y de diferentes crónicas periodísticas (Vázquez Montalbán, 1985: 150); por otro, en el hispanismo académico que desde los años 90 ha elaborado trabajos de investigación sobre la metáfora y su apropiación, con un auge de ensayos que se situaría en la década del 2000, con una vastísima producción académica, cuya discusión aún perdura (Romero Velasco, 2021). Fue el investigador Paul Garlinger (2000, 2003) quien llamó la atención de los abusos inapropiados que estaba realizando la academia al tomar la figura trans como alegoría de la Transición española. Para este autor, la mayoría de aproximaciones resultan problemáticas principalmente por no distinguir entre transexuales, transformistas y travestis, así como por considerar a las personas trans como emblemas del continuismo franquista, como se interpreta de Vilarós (1998: 172-179) y su conceptualización de la “pluma” como *wrapping* o envoltura.

Aunque Garlinger (2000) reconoce la lógica de vincular la figura de la travesti o de la mujer transexual con la Transición en tanto época en que ganaron una visibilidad hasta antes inaudita, acaba por afirmar que en realidad es un acto reductor y peligroso. Para este académico, ambas aproximaciones, la de la celebración y la del engaño, fallan por ser reduccionistas de la realidad española transicional, pero también por ignorar la de por sí significativa carga política que tenía toda disidencia sexual en aquellos años, pudiendo profundizar en cuestiones relacionadas con la ruptura de las normas de género o con sus propias estrategias de supervivencia como personas trans. Pérez-Sánchez (2007), por su parte, acusa al propio Garlinger de ser reduccionista en tanto que ambas lecturas —la del contexto político y la de la política sexual— pueden ser válidas, incidiendo en que los objetos culturales no son nunca entes cerrados a una sola interpretación.

El hilo de esta argumentación fue seguido por Picornell (2010) en un trabajo en torno a los usos apropiados del travesti en la prensa que incide en cómo los semanales contraculturales fueron grandes promotores de esta visión metafórica de lo trans. El movimiento, que en realidad tenía cierta lógica —una figura marginal que se utiliza en circuitos contraculturales— no estará exento de ser, al fin y al cabo, una apropiación vacía: “Sin embargo, como emblema apropiado, no dará cuenta de la experiencia ‘real’ de las opciones transgénero, de su propia posición en el espacio público o de su marginación en la legislación que se inaugurará con la democracia” (301). A pesar de esta aseveración, que parece conducir a Picornell por el camino de Garlinger, en su artículo recalca que el modelo trans que se impuso en la Transición fue el fácilmente asimilable: no fue Ocaña sino Bibi Andersen y la película *Cambio de sexo* (1977) con su modelo transexual “desde la patología”. Un modelo que desvanecería toda la fuerza subversiva de la figura. Picornell le negaría entonces cierta potencia política a la visibilidad de Bibi Andersen contraponiéndola con Ocaña, comparación que podría resultar injusta, sugiriendo, además, cierta jerarquización dentro de lo trans en un binomio subversivo/no subversivo. Precisamente en un segundo artículo, Garlinger (2003) realiza una defensa de la inadecuación de la metáfora a través de la figura de Bibi Andersen, remarcando los impedimentos legales de realización para las personas transexuales en esta época y lo inadecuado, por tanto, de erigirlas como emblemas del cambio (Garlinger, 2003: 11).

Algunos trabajos relativamente recientes tratan esta apropiación desde ópticas más complejizadas y más centradas en la cuestión de género sin obviar las relaciones e interacciones políticas subyacentes. Mientras la monografía de Mérida Jiménez (2016) se centra en describir el universo

trans barcelonés a lo largo del siglo XX, con especial atención al periodo transicional y poniendo el foco en las vivencias trans; el artículo de Romero Velasco (2021) recupera el debate en torno a la protagonista de la novela de Mendicutti mencionada más arriba, recalcando el valor de su representación como sujeto inserto en el modelo identitario de la transexualidad y ubicado legítimamente en las duras condiciones sociopolíticas de las personas trans en los años 70 y 80.

3 El “sarampión travesti” de la Transición

Tras lo expuesto sobre el contexto transicional, no resulta extraña la constatación de que la presencia de representaciones de mujeres transexuales en el discurso social de 1976-1983 resultó una auténtica avalancha. Sus imágenes aparecieron en diferentes productos culturales, desde películas y novelas hasta revistas y periódicos, pasando por volúmenes ensayísticos de naturaleza didáctica o producciones musicales. Cuando utilizo el término “mujeres transexuales” hago referencia a aquellas personas que dialogaban explícitamente con la categoría médica de transexualidad o con sus procesos médicos (hormonación y cirugías) y a la genealogía mencionada en el primer apartado. En este sentido, otras prácticas trans como las realizadas por transformistas —Pierrot o Madame Arthur, por ejemplo— quedan fuera de esta categorización a pesar de compartir espacios, trayectorias laborales y el proceso de metaforización que las agrupaba frecuentemente como una misma realidad.

La eclosión de visibilidad que los cuerpos transfemeninos tuvieron a mitad de los años 70 resultó abrumadora para una sociedad que, de manera apresurada, buscaba “ponerse al día” de todo aquello que le había sido negado. Las mujeres trans que recurrían a tratamientos hormonales para adquirir características físicas femeninas comenzaron a visibilizarse en páginas de periódicos y revistas, fueron la atracción de múltiples espectáculos en salas de fiesta, aparecieron en diferentes películas en roles secundarios, y en algunos casos en principales —*Cambio de sexo* (1977), *El Transexual* (1977) y *Vestida de azul* (1983)—, protagonizaron novelas como *Bel i babel* (1980) de Isa Tròlec, *Los amores prohibidos* (1983) de Leopoldo Azancot o *Una mala noche la tiene cualquiera* (1982) de Eduardo Mendicutti, que he analizado en otros lugares (Martínez-Gil, 2024). Si en el tardofranquismo el fenómeno se había introducido con timidez, en la Transición no habría, prácticamente, ningún consumidor sin una noción —aunque fuera remota— de lo que era la transexualidad.

La presencia de estas mujeres en los *mass media* provocó curiosidad, morbo o extrañamiento, en ocasiones todo a la vez. A menudo, eran tratadas desde la más absoluta incompreensión, incluso desde frentes presumiblemente “amigos” que parecían fomentar reacciones adversas hacia el fenómeno. Diferentes publicaciones de la época comenzaron a trabajar discursivamente en torno a ideas relacionadas con el “contagio social”, como ya había ocurrido durante el franquismo con la homosexualidad. Según esta conceptualización, la transexualidad —y principalmente la hormonación con estrógenos— no respondía a una condición psicosocial y biomédica, sino más bien a un delirio colectivo y contagioso provocado precisamente por la reciente visibilidad adquirida. Así, en el volumen divulgativo de 1978, *Travestis* de Dardo Gómez, puede leerse:

En los últimos tiempos a causa del influjo de los adelantos en las intervenciones quirúrgicas y la promoción dada a los casos de cambio de sexo por los medios de información, han sido muchos los travestis indecisos que se han sentido impulsados a buscar en el transexualismo la solución a su problema de integración (Gómez, 1978: 47-48).

De este “contagio” darán cuenta los múltiples reportajes y entrevistas realizadas a mujeres trans por las revistas del destape, desde las dedicadas a un público heterosexual como *Interviú* y especialmente *Lib*, hasta las que tenían como principales consumidores a hombres homosexuales, en el caso de *Party*. En esta última, desde su inicio en 1977 y hasta 1979, se incluía en la mayoría de números una entrevista a una mujer trans o transformista travesti en la sección “El travesti de la

semana”. Me centraré más abajo en esta sección por representar una piedra angular del universo trans del periodo: no solo por la ingente cantidad de testimonios, sino por reflejar a la perfección el desarrollo de esta concepción del contagio social, a través de una lectura de los cuerpos trans en términos patológicos. Así, los diferentes entrevistadores participaron directamente en la construcción de esta idea y le dieron forma en términos discursivos para clasificar a sus entrevistadas. Por ejemplo, en la entrega dedicada a Paul, un transformista imitador de Raffaella Carrà, se lo desliga del fenómeno: “No pertenece en absoluto a la llamada ‘fiebre del travestismo’, el sarampión del momento” (Redacción, 20-26 de agosto 1977). También para ubicarlas dentro del mismo, como en el caso de la entrevista a Yasmín, donde se justifica su identidad como “es la fiebre, es el momento, es el sarampión” (Redacción, 3-10 de diciembre 1977). Del mismo modo, existen algunas referencias a esta conceptualización en otras secciones de la revista, como en la noticia titulada “Una moda que ya es plaga: travestis”, también en *Party*.

“Sarampión”, “fiebre” o “plaga”, no fueron sino significantes metafóricos que utilizaban cierto pánico moral, la corrupción de los jóvenes, para dar forma de enfermedad a la proliferación trans en el discurso público, una proliferación que era entendida en términos de “moda”. Se trata de usos lingüísticos, elecciones léxicas, que ponen en evidencia un ideograma según el cual la doxa de la transexualidad no era aceptada por estos enunciadores, a pesar de la supuesta línea progresista de la revista. Ante las posibilidades de realización que los procesos médicos ofrecían a las personas trans, que comenzaban a ser interpeladas por la categoría de transexualidad y a explorar sus posibilidades mediante hormonación y cirugía; generalmente, no se las reconoció ni se las consideró personas genuinas, sino adscritas a una moda pasajera para ganar visibilidad y ser contratadas en el mundo del espectáculo. La analogía con enfermedades contagiosas hace evidente su posición como elementos doxales (Amossy 2006 [2000]) contrarios a la categoría de transexualidad, que atribuía la necesidad de estos cambios a razones biomédicas y psicológicas. Sin embargo, estos sintagmas eran empleados exclusivamente para hacer referencia a aquellas que recurrían a los procesos médicos, quedando fuera de su campo aquellos transformistas que vinculaban exclusivamente su identidad “travesti” a lo meramente profesional, como se ha mostrado en el caso de Paul. A pesar de su origen reaccionario, considero que la idea de la enfermedad contagiosa —“el sarampión”, por ejemplo— resulta muy poderosa para, por un lado, condensar esta efervescencia trans en los años de la Transición; pero por otro, para reivindicar el insulto, resignificarlo, como es práctica común en las comunidades *queer*.

Como comentaba, “el sarampión travesti” haría referencia a un tipo muy concreto de persona trans, aquella que recurre a los recursos médicos para transformar su cuerpo. A este respecto, y a pesar de los cajones de sastre críticos, algunos investigadores han percibido la necesidad de individualizar las diferentes prácticas trans en este periodo. Una certera aproximación a las particularidades de cada grupo la podemos encontrar en el modelo cuatripartito de belleza trans femenino propuesto por Mérida Jiménez en el contexto tratado. Para este investigador:

Un análisis de la documentación a la que he tenido acceso constataría la convivencia de, al menos, tres tipologías trans en la década de los setenta, que, a su vez, reflejarían otros tantos modelos de belleza interrelacionados durante la Transición: en primer lugar, la belleza trans travestida que podría asociarse a quienes se transformaban solo en el escenario y que actualizaba el modelo de los imitadores de estrellas: así, Madame Arthur; en segundo lugar, la belleza trans femenina, que podría asociarse a las personas transexuales que habían sido intervenidas quirúrgicamente: por ejemplo, Dolly Van Doll y Lorena Capelli; por último, la belleza trans ambigua, que se asociaría a personas cuya genitalidad sigue siendo masculina —y de la que pueden hacer gala— pero que merced a diversos tratamientos hormonales aparentan ser mujeres biológicas: el caso emblemático sería Bibi Andersen en *Cambio de sexo*. Quizás convendría añadir un cuarto modelo, más lúdico y alejado de los anteriores, representado por Ocaña. (2016: 103)

La categoría de transexualidad y sus procesos médicos establecerían un diálogo explícito con la segunda y tercera tipología descrita. Así, mientras el tipo representado ejemplarmente por Dolly Van Doll y Lorena Capelli vendría a identificarse con personas de origen europeo y americano que se establecieron en España a lo largo de la década de los 70 o con españolas que mediante la emigración tenían acceso a los citados tratamientos; el segundo implicaría un modelo más plenamente autóctono, en tanto el acceso a los tratamientos hormonales constituía una realidad asequible para aquellas que deseaban vivir como mujeres y ser percibidas como tal por el conjunto social. Sus aspiraciones identitarias, en rasgos generales, eran las mismas; el intertexto médico que las interpelaba, también; aunque sus medios y posibilidades no fueran idénticos y los planes de las segundas pudieran no incluir a medio o corto plazo una intervención quirúrgica de tipo genital. Una personalidad admirada y referenciada hasta la extenuación como la de Bibi Andersen lo expresaba así en una entrevista a la altura de enero del 1977 para el semanario *Lib*: “Sabes que me considero mujer por encima de todo y de ninguna manera homosexual [...] Yo, como transexual, tengo que dar gracias a Dios y a la naturaleza de haber tenido unas facciones [...] que no he tenido que arreglarme con cirugía estética” (Goicoechea, 25-31 de enero 1977: 22). A lo largo del periodo, Bibi reivindicará continuamente su identidad transexual (Gómez, 1978: 76; VV.AA., 1978: 70).

En este sentido, algunos análisis sobre la cuestión han recalcado que la epistemología imperante en la España de finales de los 70, la del travesti, comenzó en esta época a transitar hacia el modelo de la transexualidad (Guasch y Mas, 2015). Este tránsito entre modelos epistemológicos —el primero, encuadrado en un *totum revolutum* de la homosexualidad— no se completaría hasta los años 90. Los autores afirman que, en el contexto de la etapa “pre-gay” de la sociedad española, “el vocablo transexual todavía no se había asentado completamente en España, por lo que el término travesti era el más utilizado para denominar al conjunto de las expresiones transgenéricas” (66). Si bien coincido a grandes rasgos con sus análisis, considero necesario puntualizar que la concepción singularizada de la transexualidad ya era a una realidad a la altura de 1976 y que no resulta tan difícilmente rastreable si leemos con atención las fuentes. En este sentido, en ocasiones se allana la cuestión y se entiende la transexualidad, individualizada de la homosexualidad y de lo travesti, como una categoría no operativa hasta los 80. Los objetos culturales de masas que representan este “sarampión travesti” desmentirían esta aseveración. Si bien se constata una gran inestabilidad en los significantes referidos, del mismo modo que su posición como una doxa incipiente, parece que, por fin, a partir de 1976, la transexualidad existió más allá de los informes médicos de los expedientes judiciales y de las escasas noticias en prensa aparecidas en las décadas anteriores.

Igualmente, “gay” y “homosexual” continuaron funcionando como hiperónimos de todo lo relacionado con la disidencia sexual y de género, incluso en el ámbito científico. De hecho, como ha estudiado Mérida Jiménez (2016), uno de los mayores testimonios de la época en relación con las historias de vida de mujeres transexuales lo constituye la tesis doctoral y posterior ensayo de Alberto García Valdés, *Historia y presente de la homosexualidad* (1981). Médico y psiquiatra de la cárcel de Carabanchel durante los años 70, García Valdés realizó un estudio pionero sobre el fenómeno de las disidencias sexuales que proponía, de manera insólita para la época, un acercamiento positivo a la homosexualidad. Para su investigación, realizó entrevistas a 205 presos sociales de diferentes cárceles del Estado entre los años 1975 y 1977, los primeros de la democracia y en los que seguía aplicándose la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social.

En las variables de su trabajo, el doctor incluye la de “signos de transexualismo” en el cuadro nº9 (García Valdés, 1980: 260), signos que materializa en cuatro posibles manifestaciones: “Maquillaje y/o depilación de características femeninas convencionales” (practicado por 58 individuos), “Toma o inyección de hormonas feminizantes” (por 29), “ropa femenina” (por 21) y “prótesis mamarias” (por 1). Sus datos vienen acompañados por fotografías, que se han realizado principalmente a las transexuales (240), y de un pequeño análisis de los porcentajes recogidos:

Como se puede ver, 29 personas habían recibido hormonas feminizantes, casi siempre estradiol o algún derivado suyo, solo o acompañado de progestágenos, lo que había dado lugar a una transformación corporal de intensidad variable. Solamente un caso había recurrido a las prótesis mamarias para conseguir el desarrollo de las suyas, logrando un buen resultado, como se ve en las siguientes fotografías. (260)

El trabajo de García Valdés pone de relieve la llegada de la transexualidad y sus tratamientos médicos al contexto español. En primer lugar, muestra que el uso de hormonas entre la población trans a la altura de 1975 estaba completamente extendido y resultaba accesible para aquellas que quisieran recurrir a transformaciones somáticas. Seguidamente, que las cirugías eran más residuales, al menos hasta bien entrados los años 80, pues tan solo una de las entrevistadas se había sometido a una mamoplastia y ninguna de ellas a la vaginoplastia.

Paty, Giovanna, Ana, Penélope, Sofi y el resto de entrevistadas que se adherían a los procesos médicos vinculados con la transexualidad son algunos de los múltiples nombres de mujeres trans que comenzaban a ser visibles en la España de la Transición. Ellas tuvieron la desdicha de acabar en prisión en los últimos coletazos del Franquismo, pero otras tantas estaban fuera presentándose al mundo. Una ironía, si se me permite, que desde dentro de los barrotes de las cárceles un doctor reconociera sus identidades y realizaciones de género mientras fuera se las entendía como moda pasajera y partícipes de este peculiar “sarampión”. A pesar de que García Valdés no realice una disquisición científica sobre el concepto de la transexualidad ni cite los estudios principales de sus desarrollos en el extranjero, el hecho de que la incluya como variable resulta una muestra de su vitalidad incipiente en el mundo científico español y también en el conjunto de la sociedad.

4 “El travesti de la semana” de la revista *Party*

Mientras Paty, Giovanna o Ana eran entrevistadas en la cárcel por García Valdés, fuera de los barrotes otras muchas mujeres trans lo fueron en las diferentes entregas de “El travesti de la semana” por Eloy Rosillo y el equipo de *Party*. El impacto que tuvieron estos textos en la comunidad sexodisidente resulta fundamental, ya que probablemente las personas *queer* los coleccionarían a modo de archivo personal, el “archivo transexual obligatorio” con el que Stone (2015 [1987]) hacía referencia a las colecciones de recortes sobre personas trans que las personas interpeladas por tal identidad solían acumular.

Así lo hace, sin ir más lejos, el personaje cisgénero de Bom, interpretado por una adolescente Olvido Gara (Alaska) en *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón* (1980), primer largometraje de Pedro Almodóvar. En una escena del film se muestran varios recortes de esta sección en el piso compartido por la joven Bom y sus amigos (Almodóvar, 1980: 49:24). Concretamente aparecen las entrevistas “Any Yeninf: mujer con cosa” y “Mila. Sueña con ser madre”. Ya fuera por parte de aquellos que practicaban una contracultura iconoclasta o de las mujeres trans que encontraban en ellas el reconocimiento más absoluto y catártico, resulta evidente que las entregas de “El travesti de la semana” y la revista *Party* se erigieron como un objeto cultural muy consumido en determinados circuitos vinculados a la disidencia sexual y de género⁷.

Los medios de comunicación en general, y la prensa en particular, fueron muy relevantes para el autorreconocimiento de las mujeres trans. Si bien las grandes actrices y modelos cisgénero de la época podían representar ideales a seguir en el desciframiento de su propia identidad, también lo

⁷ Otra muestra de su importancia capital se encuentra en la serie de fotografías que Pilar Aymerich realizó a la prostituta Kati en la pensión donde se alojaba en Barcelona en 1979. Las desgastadas paredes muestran, entre posters de artistas y actrices, recortes de algunas entregas de “El travesti de la semana”. Las fotografías pueden encontrarse en el Arxiu Nacional de Catalunya (ANC1-993-N-1043 y ANC1-993-N-1044) y la entrevista que le realizó Montserrat Roig, en su ensayo *¿Tiempo de mujer?* (1980).

serían, más explícitamente, aquellas que desde 1976 empezaron a inundar semanarios y periódicos como representantes de este “sarampión travesti”. Así, por ejemplo, una conocida activista trans como Mar Cambollé afirma que empezó a identificarse como homosexual tras la lectura de un monográfico dedicado al tema en la revista de izquierda radical *El viejo topo* en 1977, pero que no fue hasta 1980 cuando se descubrió como transexual gracias a un reportaje de Bibi Andersen en *Interviú* (Solís, 2019: 88, 93). Para muchas de estas mujeres fue el destape, y no los discursos políticos, lo que les ofreció las claves para descodificar su identidad.

Efectivamente existió una vertiente del destape consagrada a la disidencia sexual, especialmente dirigida a un público masculino homosexual, pero que también centraba sus contenidos en las mujeres trans y en el “sarampión travesti”. Como indica Alberto Mira (2008: 394-400), en el contexto de los primeros años de la Transición, el incipiente público gay empezó a contar con publicaciones que trabajaban contenidos que les interesaban sin instituirse explícitamente como revistas para homosexuales. Este sería el caso de *Fotogramas*, dedicada a la crítica cinematográfica, o la revista *Lib*, especializada en el mundo del espectáculo. En el seno de la proliferación de estas publicaciones nace la revista *Party* en 1977, lanzada por la editorial barcelonesa Amaika, conocida por su semanario satírico *El Popus*.

Party venía a continuar la labor de una publicación precedente, *Papillón*, iniciada en 1976 y que fue cancelada a raíz del desnudo de Vicente Parra en 1977 (Medina, 2019: 40-41). Los contenidos de *Papillón*, que a la altura de 1976 no eran explícitos sexualmente, circundaban el interés en torno a lo gay —divas, galanes, cuestiones sociales etc.— que heredó su continuadora. En sus inicios publicaba noticias de espectáculos genéricos, con una gran cantidad de desnudos femeninos y muy residualmente masculinos, que no eran integrales. Se incluían crónicas de la vida nocturna de diferentes ciudades españolas, noticias internacionales y entrevistas a actores y actrices y otra gente de la farándula. En ella aparecían también reportajes sobre “travestis”, reseñando, por ejemplo, en su primer número, la mamoplastia de Bibi Andersen. Una de las secciones que más interés han despertado es la del “Consultorio de tú a tú”, donde Luis Arconada, pseudónimo del director Eloy Rosillo (Mira, 2004: 450-451), contestaba a las consultas de sus lectores, que acostumbraban a tratar cuestiones de índole sexual, también “homo” y trans⁸.

Con el paso de los meses, la revista fue minimizando los contenidos destinados a un público “hetero” —los desnudos femeninos— en favor de los desnudos masculinos. Así, a lo largo del año 1978 se incluyeron secciones como “Noticias gay” o el concurso “el chico Party”, en el que los lectores enviaban sus fotografías en paños menores o desnudos para competir por el premio. A partir del número 153, en abril de 1980, *Party* dio un salto considerable en su línea editorial, y se constituyó plenamente como revista gay, aunque no de manera expresa. Ya en números anteriores había eliminado su subtítulo “la revista del mundo del espectáculo” y había comenzado a incluir en portada el rótulo “solo para adultos”. Tras esta fecha, dedicó casi por completo sus páginas a desnudos masculinos integrales y a temáticas directamente relacionadas con la homosexualidad. Sin embargo, no fue hasta octubre de 1981 que “salió del armario” oficialmente y se reconoció como “revista gay”. En esta segunda época, *Party* redujo sus contenidos trans, aunque siguieron apareciendo noticias esporádicamente relacionadas con la temática. La revista continuó su andadura, abandonando la periodización semanal por una mensual hasta su desaparición en 1986, cuando el furor del destape hacía años que había llegado a su fin.

⁸ El profesor Alberto Mira me ha apuntado que existe la creencia de que Rosillo escribía toda la revista, incluso inventándose la sección del “Consultorio de tú a tú”. Existen, sin embargo, varias evidencias para considerar como documentos reales las entrevistas de “El travesti de la semana”, como veremos a continuación.

Me centro aquí en la primera época de *Party*, es decir, antes de erigirse a partir de 1980 como semanario abiertamente gay, y concretamente en la sección de “El travesti de la semana”, en la que se realizaba una pequeña entrevista o reseña a una persona transfemenina, generalmente dedicada al mundo del espectáculo. Las preguntas abarcaban cuestiones diversas (laborales, amorosas, médicas, familiares) y se incluían una serie de fotografías de la mujer trans o transformista entrevistada, generalmente en posiciones sugerentes, eróticas. Una vez que la revista se convirtió en un semanario con contenido para adultos, también comenzaron a aparecer desnudos integrales.

“El travesti de la semana” contó con 86 entregas y estuvo en funcionamiento desde el número 12, en julio de 1977, hasta el número 137 en noviembre de 1979. A partir de esta fecha, encontramos algunas entrevistas dispersas con un formato similar, pero sin el rótulo “El travesti de la semana”. Esta decisión editorial de eliminar la sección como tal, pero continuar esporádicamente con el formato, tiene su explicación, a mi parecer, en una renuncia al compromiso de dedicar una página de cada número a esta temática. Por un lado, el cambio daba más protagonismo a los contenidos eróticos masculinos, muy en la línea de la “nueva etapa” hacia lo plenamente gay; por otro, respondía a la paulatina pérdida de interés por lo trans que empezó a producirse en los 80.

La importancia de esta sección y de los testimonios que recoge resulta de primer orden en una historiografía trans hispánica. En un panorama en el que carecemos de autobiografías trans en el siglo XX (Mérida Jiménez, 2018) estas entrevistas —complementarias a otras realizadas en semanarios como *Lib* o *Interviú*— resultarían uno de los pocos egodocumentos publicados en los años setenta donde transformistas y mujeres transexuales tomaban la palabra. En este contexto, la sistematización que ofrece “El travesti de la semana” resulta insólita por la cantidad de testimonios recogidos, pero también por su pluralidad: aparecen “travestis” extranjeras, españolas y migrantes; blancas y racializadas; transformistas homosexuales, hormonadas y hormonadas y operadas; de origen rural y de origen urbano; casi por completo de origen humilde, aunque en ocasiones algunas de clase social más acomodada; casi siempre vedetes, pero también algunas dedicadas explícitamente a la prostitución, o a ambas; mujeres trans a favor y en contra de los procesos médicos relacionados con la transexualidad; algunas que idealizan la feminidad, pero también otras la problematizan, etc.. En general, se trata de un conjunto muy rico de experiencias, que en ocasiones no acaban de encajar con el género textual de la entrevista —cuando el discurso directo recogido es insignificante o ni aparece— ni mucho menos con el relato médico prototípico de mujer transexual. Son textualidades porosas, de las que siempre cabe la sospecha que la edición haya socavado gran parte del valor autobiográfico, pero que sin duda pueden calificarse de testimonios.

En algunas entrevistas, además, se evidencia una pulsión autobiográfica en las mismas entrevistadas, que muestran un fuerte interés por contar su historia, compartir sus experiencias con el mundo y, en definitiva, hacer que el público pueda empatizar con su realidad y sus biografías. De entre las entregas que muestran esta pulsión podría señalar dos de ellas por su feliz desenlace, en términos literarios y vitales. Por un lado, la segunda entrega, en la que se entrevista a Tania Yoisy y en la que el entrevistador afirma que “podría, puede, y quiere escribir su propia historia, que es ciertamente sobrecogedora” (Redacción, 9-15 de julio 1977). Cuarenta y cuatro años después, tras un proceso que incluirá aprender a leer y escribir, Tania Navarro Amo publicó sus propias memorias autoeditadas, acogándose al significativo “transexual”: *La infancia de una transexual en la dictadura* (2021). Del mismo modo, aparece esta pulsión autobiográfica en la entrevista a Michele, travesti de origen venezolano que trabajaba en ese momento en España. El entrevistador afirma que “Michele, además, tiene aficiones literarias y está escribiendo su biografía. El libro se llamará *San Nicolás erótico* y es una de las cosas que más le interesan en estos momentos. Acabar su obra” (Redacción, 2 al 8 de abril de 1979). Efectivamente, aunque tras un gran lapso de tiempo, Michele de Caracas consiguió publicar su autobiografía en Montevideo en 2007, también mediante la autoedición, con el título que ya planteaba en 1979: *San Nicolás erótico*.

La sed autobiográfica de ambos casos permite aproximarnos a una idea de lo que podía implicar para estas mujeres y transformistas aparecer en esta sección. Por un lado, el riesgo de ser expuestas y estigmatizadas; por otro, la posibilidad de enunciar un contradiscurso para que los lectores descubrieran su testimonio de primera mano, en una voluntad sepultada a menudo entre fotografías eróticas y un texto reformulado por la edición. Su valor en tanto egodocumentos les otorga una posición privilegiada en calidad de repositorio al que acudir para obtener una visión autobiográfica de mujeres trans durante estos años.

Sin embargo, si atendemos a las voces de las personas trans entrevistadas en “El travesti de la semana”, este discurso se encontraría en disputa con sus mismas protagonistas. Así, por un lado, resaltan aquellas voces que se insertan más plenamente en el transformismo artístico y que rechazan el uso de hormonas y cirugías, aludiendo a una moda (el “sarampión travesti”) que precisamente está perjudicando a la antigua profesión del transformista, como Miguel Velasco (E.R. y J.T, 23-29 de enero de 1978) o la Bella Mimi, en cuya entrevista se encuentra la siguiente aseveración: “ni soy mujer, ni tengo tetas, ni pretendo serlo, ni pretendo tenerlas. Soy un chico que se viste así para hacer un trabajo. Eso es todo. Lo demás casi siempre son ganas de deformar la realidad” (E.R. y J.T, 13-19 de febrero 1978).

En el otro extremo, existen las múltiples —pues en la sección fueron mayoría— mujeres trans o partícipes en alguna medida de la idea de transexualidad que justificaban su uso de las tecnologías médicas de manera genuina, no impuesta por ninguna moda. Así, Déborah incidirá en la voluntad individual: “No me conformaba con ser mariquita. Me sentía más allá. Más mujer. Más definida, en fin. Y decidí hormonarme con todas las consecuencias. De momento me encuentro divinamente” (E.R, 17-23 de septiembre 1977). De forma análoga, Rocío (E.R. y J.T., 6-12 de marzo 1978) también afirmará haber transitado de lo “homo” a lo trans en un deseo de ser mujer.

Otras compañeras se ubicaban ya bajo la categoría de “transexual” pero por dificultades económicas, no habían llegado a realizarse la operación de reasignación. Este sería el caso de Claudia Roman, autoidentificada como transexual, que afirma que “dentro de poco quiero someterme a una operación para cambiar mi sexo y así definir esta situación tan difícil de sobrellevar. Lo que pasa es que la operación cuesta cuatrocientas mil pesetas, que es mucho dinero, claro” (Agulló, 14-20 de agosto 1978). Declaraciones similares se hallan en las entrevistas de Sidne (Poy Subirats, 4-10 de septiembre 1978), Esther (Redacción, 9-15 de octubre 1978.) o Liss (30 de abril-6 de mayo 1979).

En un principio, parecería que las mujeres trans españolas que se adherían al itinerario vital de la transexualidad benjaminiana tenían como objetivo final la operación a pesar de las dificultades económicas que implicaba los costes del viaje y de la intervención. En ese sentido, la gran mayoría de las que aparecen en “El travesti de la semana” y que relatan cómo se han sometido a la operación son extranjeras. Entre ellas destacarían, por su fama, Yeda Brown (15-21 de octubre 1977) y, por el detallado relato de su operación en Casablanca, la argentina Graziella Scott (Pérez Gómez, 15-21 de octubre 1977).

En este punto, se podría afirmar que las mujeres trans españolas de finales de la década de los 70 se encontraban entre dos frentes de patologización: por un lado, el discurso social que las acusaba de seguir una moda en términos metafóricos de enfermedad contagiosa, de estar infectadas por el “sarampión travesti”; por otro, el discurso de la transexualidad benjaminiana, recién inaugurado en España, que prefijaba una trayectoria vital que acababa irremediamente en la operación y que podían corroborar en sus compañeras extranjeras que visitaban nuestro país para trabajar en sus salas de fiestas. Sin embargo, quizás, la operación no fuera tan irremediable, ya que a la altura de 1979 ninguna de las mujeres españolas autodenominadas transexuales de “El travesti de la semana” la había llevado a cabo. Dejando a un lado los casos que hemos visto en los que hay una clara

voluntad de llegar hasta este paso, muchas se abrigan bajo la categoría de “transexualidad”, pero reformulando su paso final. Así, por ejemplo, Tania responde a su entrevistadora: “Me considero transexual las 24 horas del día porque las 24 horas del día vivo como mujer y actúo como tal” (G. Vergara, 20-26 de marzo 1978). Seguidamente, afirma no querer operarse ni necesitarlo para sentirse mujer, así como tener una hija de una relación pasada con una lesbiana.

Ambos elementos, la negativa a la operación y la existencia de relaciones lésbicas, alejarían a Tania precisamente de la definición cerrada de la “transexualidad” benjaminiana, poniendo en jaque la validez de la categoría, pero apropiándose de ella, pues al contrario de lo que algunas investigaciones afirman, no todas las personas trans subversivas se ubicaron en perfiles transformistas de la Transición. Tania, así como otras compañeras de las que conocemos su voz gracias a “El travesti de la semana” (Redacción, 5-11 de junio 1978; Banus March, 2-8 de octubre de 1978), no aceptaba la patologización de su identidad dócilmente, e incluso propone un discurso que podría calificar de transgenerista o *queer avant-la-lettre*.

5 Conclusiones

Al contrario que muchas imágenes estereotipadas —por didácticas— en cine y literatura, algunos testimonios trans de “El travesti de la semana” ofrecen una pluralidad absoluta sobre la relación entre identidades trans y patologización. Resulta constatable, si nos basamos en los discursos analizados, que la categoría de transexualidad benjaminiana en España se construyó alejada del estamento médico y en el contexto cultural del destape, en el seno de una eclosión cultural que provocó que la figura fuera utilizada fácilmente como moneda de cambio en la interpretación política de la Transición.

Sin embargo, precisamente esta sección del semanario *Party* sirve para vislumbrar el profundo universo que realmente existió detrás de esta manida metáfora. “El travesti de la semana” resulta tan solo uno de los astros que conforman la constelación de este “sarampión travesti”, aún por explorar. En este sentido, son necesarias más investigaciones que profundicen en el periodo transicional para mejorar nuestra comprensión de este momento en que las identidades trans aterrizaron en el contexto de las culturas hispánicas. Cómo lo hicieron y qué consecuencias tuvo son cuestiones aún por desarrollar. Tras las notas aquí expuestas, resulta evidente que cualquier relato lineal del periodo estaría cayendo en un error precisamente por no atender a la diversidad que brinda el archivo.

A modo de conclusión, reproduzo una cita de Ornielli que considero que algunas investigaciones pierden de vista cuando tratan de situar a personas como Bibi —o a tantas protagonistas de este “sarampión travesti”— como representantes de estereotipos reaccionarios:

Acostumbrados a la pobreza, no tenían nada que perder si expresaban lo que sentían. No tenían un discurso político ni intelectual —con algunas excepciones— y lo único que los guio fueron sus sensaciones, los estereotipos de género que conseguían romper y seguir a la vez, y un estilo de vida bohemio y teatral. Nunca permitieron que los juicios de los demás o la represión les impidiera protestar o luchar. (Ornielli, 2015: 47-48)

La enorme pluralidad de representaciones que se pueden constatar se debería, precisamente, a esta falta de “programa” intelectual o político. Lejos de convertir este hecho en un problema, resulta, para una mirada investigadora desprejuiciada, la mayor oportunidad con la que se podría contar para trazar una auténtica historia cultural de lo trans en nuestro contexto. Abandonemos, pues, cualquier idea previa de lo que eran o debían ser las identidades trans en la Transición. Zambullámonos en las textualidades porosas del destape. Contagiémonos de este sarampión.

Bibliografía

- Alcalde, Jesús y Ricardo J. Barceló (1976). *Celtiberia gay*. Personas: Barcelona.
- Almodóvar, Pedro (1980). *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*, Figaró Films.
- Alonso, Santos (2003). *La novela española en el fin de siglo 1975-2001*. Mare Nostrum: Madrid.
- Ames, Jonathan (2005). Introduction, en Ames, Jonathan (ed.), *Sexual Metamorphosis. An Anthology of Transsexual Memoirs*. Vintage: New York: ix-xvi.
- Amossy, Ruth (2006 [2000]). *L'argumentation dans le discours*. Armand Colin: Paris.
- Baby, Sophie (2021). *El mito de la Transición pacífica. Violencia y política en España (1975-1982)*, traducción de Tomás Fernández Azur y Beatriz Eguibar. Madrid: Akal.
- Bedoya, Víctor (2012). El franquismo contra las transexuales: expedientes policiales y judiciales, en Osborne, Raquel (ed.), *Mujeres bajo sospecha. Memoria y sexualidad 1930-1980*. Madrid: Fundamentos: 165-173.
- Berlant, Lauren y Michael Warner (2002 [1998]). Sexo en público, traducción de María Antònia Oliver-Rotger, en Mérida Jiménez, Rafael M. (ed.), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Icaria: Barcelona: 229-257.
- Burns, Christine (2018). Introduction, en Burns, Christine (ed.), *Trans Britain. Our Journey from the Shadows*. Unbound: London: 1-22.
- De Caracas, Michelle (2007). *San Nicolás Erótico*. Autoedición: Montevideo.
- De Diego González, Álvaro (2017). *De la propaganda imperial al "Parlamento de papel"*. Historia de la prensa en España. Udimia-Centro de estudios financieros: Madrid.
- García Valdés, Alberto (1980). *Historia y presente de la homosexualidad*, tesis doctoral no publicada, Universidad Complutense de Madrid.
- Garlinger, Patrick Paul (2000). Dragging Spain into the 'Post-Franco' Era: Transvestism and National Identity in *Una mala noche la tiene cualquiera*. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 24, 2: 363-382.
- Garlinger, Patrick Paul (2003). Transgender Nation: Bibí Andersen, Postmodernity and the Spanish Transition to democracy. *Revista de Estudios Hispánicos* 37: 3-30.
- Goffman, Erving (1970 [1963]). *Estigma. La identidad deteriorada*, traducción de Leonor Guinsberg. Amorrortu: Buenos Aires-Madrid
- Gómez, Dardo (1978). *Travestis*. Bruguera: Barcelona.
- Guasch, Óscar y Jordi Mas (2015). Proyectos corporales, género e identidad en España: del travestí al transexual (1970-1995), en Mérida Jiménez, Rafael M. y Jorge Luis Peralta (eds.), *Las masculinidades en la Transición*. Egales: Barcelona-Madrid: 61-78.
- Huard, Geoffroy (2021). *Los invertidos. Verdad, justicia y reparación para gais y transexuales bajo la dictadura franquista*. Icaria: Barcelona.
- Kristeva, Julia (1978 [1969]). *Semiótica I*, traducción de José Martín Arancibia. Fundamentos: Madrid.
- Labrador Méndez, Germán (2017). *Culpables por la literatura. Imaginación política y contracultura en la transición española (1968-1986)*. Akal: Madrid.

- Labrador Méndez, Germán (2020). Una urna puede ser el mejor preservativo. *Mélanges de la Casa de Velázquez* 50, 1: 85-114.
- Martínez-Gil, Juan (2024). Representaciones literarias de la mujer transexual en la Transición española: entre el estereotipo, la metáfora política y la reivindicación, en Piquer Vidal, Adolf y Diana Nastasescu (eds.), *Estereotipos narrativos*. Madrid: Verbum, 109-128.
- Mainer, José-Carlos y Santos Juliá (2000). *El aprendizaje de la libertad, 1973-1986, La cultura de la transición*. Alianza: Madrid.
- Medina, Guillem (2019). *El destape en el quisco: Revistas y cómics que revolucionaron nuestra libido*. Diabolo: Madrid.
- Mérida Jiménez, Rafael M. (2016). *Transbarcelonas. Culturas, género y sexualidad en la España del siglo XX*. Bellaterra: Barcelona.
- Mérida Jiménez, Rafael M. (2018). Hacia una cartografía de las textualidades autobiográficas trans en España, en Ingenschay, Dieter (ed.), *Eventos del deseo. Sexualidades minoritarias en las culturas/literaturas de España y Latinoamérica a finales del siglo XX*. Iberoamericana-Vervuert: Madrid-Frankfurt, 155-168.
- Meyerowitz, Joanne (2002). *How Sex Changed. A History of Transsexuality in the United States*. Harvard University: Cambridge.
- Mira, Alberto (2004). *De Sodoma a Chueca. Una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XX*. Egales: Barcelona-Madrid.
- Mira, Alberto (2008). *Miradas insumisas: gays y lesbianas en el cine*. Egales: Barcelona-Madrid.
- Moreiras-Menor, Cristina (2002). *Cultura herida. Literatura y cine en la España democrática*. Libertarias: Madrid.
- Navarro Amo, Tania (2021). *La infancia de una transexual en la Dictadura*. Universo de Letras: Barcelona.
- Navarro-Pérez, Patricia; Teresa Ortiz-Gómez y Eugenia Gil-García (2016). La producción científica biomédica sobre transexualidad en España: análisis bibliométrico y de contenido (1973-2011). *Gaceta Sanitaria* 29, 2: 145-151.
- Olmeda, Fernando (2023 [2004]). *El látigo y la pluma. Homosexuales en la España de Franco*. Dos Bigotes: Madrid.
- Ornielli, Cristina (2015). Identidad(es) trans y memoria camp en la España de Pierrot, en Peralta, Jorge Luis y Rafael M. Mérida Jiménez (eds.), *Memorias, identidades y experiencias trans. (In)visibilidades entre Argentina y España*. Biblos: Buenos Aires: 32-53.
- Pasamar, Gonzalo (2019). *La Transición española a la democracia ayer y hoy. Memoria cultural, historiografía y política*. Marcial Pons: Madrid.
- Pérez-Sánchez, Gema (2007). *Queer Transitions in Contemporary Spanish Culture: From Franco to LA MOVIDA*. SUNY: Albany.
- Picornell, Mercè (2010). ¿De una España viril a una España travesti? Transgresión transgénero y subversión del poder franquista en la Transición española hacia la democracia. *Feminismo/s* 16: 281-204.
- Pinilla García, Alfonso (2008). *La Transición de papel: el atentado contra Carrero Blanco, la legalización del PCE y el 23-F a través de la prensa*. Biblioteca Nueva: Madrid.
- Roig, Montserrat (1980). *¿Tiempo de mujer?* Plaza y Janés: Barcelona.

- Romero Velasco, Pablo (2021). De metáforas travestis y cuerpos transexuales: problemas de interpretación en torno a *Una mala noche la tiene cualquiera* de Eduardo Mendicutti. *Revista Historia Autónoma* 18: 149-164.
- Rubin, Gayle (1989 [1984]). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad, traducción de Julio Velasco y M^a de los Ángeles Toda, en Vance, Carol S. (comp.), *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina (selección de textos)*. Talasa: Madrid: 113-190.
- Solís, Raúl (2019). *La doble transición*. Libros.com: Jaén.
- Stone, Sandy (2015 [1987]). El imperio contraataca. Un manifiesto postransexual, traducción de Ian Bermúdez, en Galofre, Pol y Miquel Missé (ed.), *Políticas Trans. Una antología de textos desde los estudios trans norteamericanos*. Egales: Barcelona-Madrid: 31-66.
- Stryker, Susan (2017 [2008]). *Historia de lo trans*, traducción de Matilde Pérez y M^a Teresa Sánchez Continta me tienes: Madrid.
- Suárez, Juan Antonio y Alberto Berzosa (2019). Introducción, en Berzosa, Alberto, Platero Lucas, Suárez, Juan Antonio y Gracia Trujillo (eds.), *Reimaginar la disidencia sexual en la España de los 70. Redes, vidas y archivos*. Bellaterra: Barcelona: 11-30.
- Vázquez García, Francisco (2018). La invención del sujeto transexual, en Bianciotti, M^a Celeste, M^a Nohemí González y Dhayana Carolina Fernández Matos (comps.), *En todos los colores. Cartografías del género y las sexualidades en Latinoamérica*. Universidad Simón Bolívar: Barranquilla: 13-34.
- Vázquez Montalbán, Manuel (1985). *Crónica sentimental de la transición*. Planeta: Barcelona.
- Vegas, Valeria (2019). *Vestidas de azul. Análisis social y cinematográfico de la mujer transexual en los años de la Transición española*. Dos Bigotes: Madrid.
- Vegas, Valeria (2020). *Libérate. La cultura LGTBQ que abrió camino en España*. Dos Bigotes: Madrid.
- Vilarós, Teresa M. (1998). *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*. Siglo XXI: Madrid.
- VV.AA. (1978). *El libro de los Travestis*. Ediciones Actuales: Barcelona.

Hemerografía

- Agulló, Xavier (14-20 de agosto 1978). El travesti de la semana. Claudia Roman. *Party* 70: 16.
- Banus March, J. L. (2 al 8 de octubre de 1978). El travesti de la semana. Miria, los porqués de su marginación. *Party* 77: 16.
- Banus March, J. L. (6-12 de agosto 1979). Una moda que ya es la plaga: travestis. *Party* 121: 18-19.
- E.R. (17-23 de septiembre 1977). El travesti de la semana. “Cada día creo menos en el amor. Los hombres me la han jugado siempre”, este es el grito de DEBORAH. *Party* 23: 17.
- E.R. y J.T. (23-29 de enero 1978). El travesti de la semana. El importante trabajo de Miguel Velasco, una Juanita Reina impresionante. *Party* 41: 5.
- E.R. y J.T. (13-19 de febrero 1978). El travesti de la semana. La Bella Mimi...oh!, *Party* 44: 17.
- E.R. y J.T. (6-12 de marzo 1978). El travesti de la semana. Rocío: “Me gustan los hombres machos”. *Party* 47: 14.
- G. Vergara, Elena (20-26 de marzo 1978). El travesti de la semana. Tania. Hoy mujer; ayer, padre de una niña. *Party* 49: 14.

Goicoechea, Maite (25-31 de enero 1977). La vida amorosa de un travesti. *Lib* 14: 20-23.

Novopress (6-12 de febrero 1978). El travesti de la semana. Graziella Scott. Una mujer impresionante, *Party* 43: 16.

Pérez Gómez, Wenceslao (15-21 de octubre 1977). EL travesti de la semana. Yeda Brown. Primeras fotos de desnudo integral de un travesti. *Party* 27: s/n.

Poy Subirats, Martín (4-10 de septiembre 1978). El travesti de la semana. Sidne: "Operarse es una lotería, puede salir bien o mal". *Party* 73: 20.

Redacción (9-15 de julio 1977). El travesti de la semana. Tania Yois declara: "desde los diez años me he prostituido". *Party* 13: 17.

Redacción (20-26 de agosto 1977). El travesti de la semana. Paul Brando... doble de Raffaella Carrá. *Party* 19: 11.

Redacción (3-10 de diciembre 1977). El travesti de la semana. Yasmin: "Me gusta divertir a la gente". *Party* 34: 15.

Redacción (5-11 de junio 1978). El travesti de la semana. Any Yeninf: mujer con cosa. *Party* 60: 16.

Redacción (9 al 15 de octubre de 1978). El travesti de la semana. Esther, travesti del año. *Party* 78: 16.

Redacción (30 de octubre-6 de noviembre 1978). El travesti de la semana. Mila. Sueña con ser madre. *Party* 81: 16.

Redacción (2-8 de abril 1979). El travesti de la semana. Michele. Ejecutivo de día travesti de noche. *Party* 16: 16.

Redacción (30 de abril-6 de mayo 1979). El travesti de la semana. Liss. Del espectáculo a la vicaría con un hombre-hombre. *Party* 107: 4.